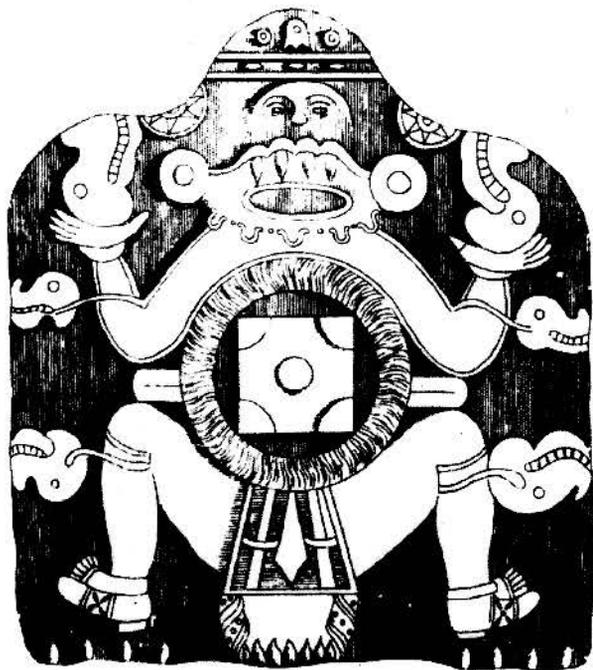


Felipe Solís Olguín*
Ernesto González Licón*

Tlaltecuhтли, el Señor de la Tierra



Grabado que permite apreciar el Tlaltecuhтли de la base de la Coatlicue

El reciente hallazgo de una representación de Tlaltecuhтли —Señor de la Tierra— en las excavaciones que se realizan a unos cuantos metros del Museo Nacional de Antropología, para la construcción del paso a desnivel Reforma-Chivatito, nos llevó a considerar de una manera particular la importancia y significado que esta deidad tenía dentro de la cosmovisión mexica, así como al análisis y publicación de otras representaciones de Tlaltecuhтли que se encuentran en el MNA.

Muchos se ha descrito acerca del impacto tan avasallador que representó para los habitantes de la planicie mexicana, y aun para toda Mesoamérica, la conquista militar y espiritual de México-Tenochtitlan. La destrucción de los templos y de las representaciones de sus deidades llevó a los indígenas al convencimiento de que una vez muertos los dioses, ellos no merecían vivir. La existencia ya no tenía sentido, se había roto el equilibrio cósmico, el sol ya no volvería a salir y caía la noche eterna sobre el Anahuac.

Sin embargo, no fue posible desarraigar completamente, al menos durante las primeras décadas de dominación española, la forma de vida que habían llevado las comunidades indígenas durante siglos; el sistema tributario continuaba, aunque ahora los beneficiarios eran otros; y a pesar de que la enseñanza de la religión católica se hacía “entrar con sangre”, era poco aceptada teniendo como antecedente la cosmovisión indígena.

Las “prácticas idolátricas” continuaron por un buen tiempo, sustituyendo o sobreponiendo las deidades indígenas a las que ahora se les imponían; no fue sino hasta que los frailes se compenetraron cada vez más de los secretos y concepciones de la religión indígena, cuando ésta se atacó más a fondo.

El adoctrinamiento constante, dedicado especialmente a las nuevas generaciones, pronto rindió frutos; los hijos, practicantes ahora de la nueva religión, llegaron incluso a denunciar a sus propios padres por mantener ídolos ocultos en sus casas o enterrados bajo las cruces o imágenes dentro de los templos católicos.

Estos hechos, consignados en crónicas y relatos de la época, llaman la atención cuando existe la posibilidad de confrontarlos con el hallazgo arqueológico: es ahí donde el documento histórico y el objeto mismo se unen para configurar más claramente una etapa de nuestra historia.

Desde este punto de vista, resulta importante el hallazgo del Tlaltecuhтли; al igual que otras representaciones escultóricas, ésta pudo ser preservada de la destrucción española, al transformarla en piedra de molino. En otros casos, los monolitos se destinaron a servir como columnas, o como pilas de agua; los indígenas que llevaban a cabo las obras, tenían la precaución de no mutilar la deidad, perpetuando de este modo su existencia, lo que era también motivo de regocijo en sus corazones, pues así lograban una pequeña victoria espiritual sobre sus conquistadores.

HALLAZGO Y DESCRIPCIÓN

El 16 de junio de 1988, en los trabajos de construcción del paso a desnivel Reforma-Chivatito, el operador de la pala mecánica descubrió dos monolitos circulares. Al lugar se presentaron arqueólogos del Departamento de Salvamento Arqueológico, quienes observaron que las piezas se encontraban estratigráficamente asociadas al antiguo lecho de un río, ubicado aproximadamente a 3.60m bajo el nivel de la calle. No se detectaron restos de elementos arquitectónicos a los que pudieran estar relacionados (Alejandro Martínez, información personal).

Una vez trasladados los monolitos al Museo Nacional de Antropología, fueron sometidos a un cuidadoso proceso de limpieza y consolidación por los restauradores Carlos Sigüenza y Arcadio Nieto, para proceder posteriormente a su estudio.

El primer monolito es de piedra caliza, de forma circular aunque en parte fragmentada y desgastada; tiene 1.44 m de diámetro y un grosor máximo de 19 cm; su peso aproximado es de 560 kg y presenta una perforación al centro de 20 cm de diámetro. No obstante lo erosionado de la pieza es posible apreciar, por su forma y por las huellas de uso, que fue utilizada durante la época colonial como piedra de molino, y debió ser traída de algún lugar fuera de la Cuenca de México por no ser común aquí ese tipo de caliza.

El segundo monolito es de basalto, también de forma circular. Esta pieza, de 1 002 kg de peso, 1.30 m de diámetro y un grosor máximo de 30 cm, presenta en uno de sus lados un bajo relieve de Tlaltecuhтли —Señor de la Tierra—, lo que indica

*Depto. de Arqueología del MNA



Relieve de la base de la Coatlicue

que fue la base de una escultura mexicana de mayor tamaño, que se "acondicionó" posteriormente a la Conquista como piedra de molino. Tiene una perforación central de 15 cm de diámetro y en el lado liso se practicó una muesca transversal de 45 cm de largo por 16 cm de ancho con lo que se fijaba al eje.

Las representaciones de *Tlaltecuhltli* aparecen casi siempre en la planta o base de las esculturas, generalmente asociado a *Coatlicue*, la de la falda de serpientes, diosa de la vida y la muerte y madre de todos los dioses; *Tlaltecuhltli* es pues la advocación masculina de Coatlicue, donde se concibe a la tierra como el lugar más apropiado para la proliferación de dioses, hombres y animales. Es por ello que generalmente no era visible y casi siempre se le representa como un gran sapo, con grandes colmillos, pelo revuelto lleno de alimañas y sosteniendo al Universo.

Este último factor —el de no ser visible, es decir, el estar siempre en contacto mismo con la tierra—, le dá a las representaciones de *Tlaltecuhltli* la posibilidad de sobrevivir a la destrucción colonial; así tenemos que en este caso la parte superior de la escultura es destruida, dándole a la base la forma circular para utilizarla como piedra de molino.

El relieve se conserva en magnífico estado lo que nos indica que el "Señor de la Tierra" debió estar precisamente en contacto con la misma, ya que de otra manera no hubiera sido aceptada por los españoles. La otra superficie presenta huellas de haberse usado con fines de molienda; a este respecto es conveniente recordar que el cultivo del trigo se implanta casi inmediatamente después de la Conquista y por este motivo

proliferan los molinos. Uno de los más importantes sería el Molino del Rey, ubicado a poca distancia de donde fue localizado este monolito. Lleno un poco más lejos es posible considerar que además de los molinos "establecidos", es decir, de los edificios contruidos específicamente con este fin, existieran al margen de los ríos, como el que pasaba por el lugar del hallazgo, otros procesos de molienda más rudimentarios que aprovecharan directamente las corrientes de agua y que, en algún momento, dejaran abandonadas las piezas ahora descubiertas.

En cuanto a la descripción misma del relieve, aparece *Tlaltecuhltli* representado en la forma común, es decir como un batracio con las extremidades extendidas; aquí sólo se conservan parte de los brazos en los que se observan los amarres que sujetaban los cráneos con los que generalmente está asociado.

El rostro aparece de frente, con grandes cejas curvas que parten de la nariz; en este caso, los ojos han sido eliminados quedando sólo una pequeña porción del párpado superior derecho. Exhibe cuatro grandes y afilados colmillos que sobresalen de una banda parecida a una bigotera y que en ocasiones hace suponer que se trata de *Tlaloc*.

Su tocado aparece incompleto, se observa una banda rectangular con tres círculos, rematándola dos tiras decoradas con pequeños triángulos. Luce enormes orejeras circulares, seguramente de piedra verde y un collar en donde se aprecian tres caracoles cortados, es muy posible que fueran cuatro pero este último desapareció al practicársele la perforación central a la pieza.

El vientre de *Tlaltecuhтли* aparece cubierto por una especie de escudo o rodela casi completo, bordeado por plumas y con la representación de los cuatro puntos cardinales y el centro del Universo llamado "quinterno", este último elemento ocupa una gran parte de la pieza, haciéndose evidente cómo los indígenas, aún mutilando las extremidades y tocado de la figura, procuraron preservar el rostro y su vientre.

Un aspecto interesante de este monolito es que el personaje aparece inmerso en bandas ondulantes que hacen alusión a que *Tlaltecuhтли* flota o se sostiene sobre el agua universal que está debajo de él.

Por último, cabe mencionar que en el canto de la pieza, a la altura de la cabeza, se aprecian representaciones de dos garras, refiriéndose al carácter del Señor de la Tierra que devoraba todo lo que llegaba a ella.

ICONOGRAFIA DE TLALTECUHTLI

En la concepción mítica de los antiguos habitantes del Anahuac, la tierra, como muchos otros elementos de la naturaleza, tenía un carácter dual: en su concepción femenina era conocida con distintos nombres, relacionándose todos con el poder fecundador de la mujer, con el de la tierra; se dice que hay un complejo *teteoinan* para designar conjuntamente a *Cihuacoatl*, *Teteoinnan*, *Toci*, *Tonantzin*, *Coatlicue* y *Tlazolteotl* (Nicholson, 1971: 420-421); todas ellas advocaciones diversas de un ancestral culto a las diosas madres en Mesoamérica.

El aspecto masculino de la tierra, era concebido como un animal cubierto de espinas, mezcla de lagarto, pejelagarto y

tiburón, llamado *Cipactli*; así también este elemento era *Tlaltecuhтли* a quien imaginaban como un ser fantástico, cuyo cuerpo adoptaba la posición de un batracio gigantesco y a quien imaginaban como el devorador y destructor de todo lo que se enterraba, para lo cual tenía feroces colmillos y garras en todo el cuerpo.

LA COSMOGONIA INDÍGENA Y TLALTECUHTLI

A través de sus mitos, recogidos por los cronistas del siglo XVI, los indígenas explicaban la creación del Universo, de los dioses, de la tierra y del hombre; así relataban que

la tierra fue creada de esta suerte: Dos dioses, Quetzalcoatl y Tezcatlipoca bajaron del cielo a la diosa [sic] Tlaltecuhтли, la cual estaba llena por todas las coyunturas de ojos y de bocas, con las que mordía como bestia salvaje. Y antes de que fuese bajada, había ya agua, que no sabe quién la creó, sobre la que esta diosa caminaba. Lo que viendo los dioses dijeron uno al otro: Es menester hacer la tierra.

Y esto diciendo se cambiaron ambos en dos grandes sierpes, de los que uno asió a la diosa de junto a la mano derecha hasta el pie izquierdo, y el otro de la mano izquierda al pie derecho, y la apretaron tanto que la hicieron partirse por la mitad, y del medio de las espaldas hicieron la tierra y la otra mitad subieron al cielo. . . Luego, hecho esto, para compensar a la dicha diosa de los daños que estos dos dioses le habían hecho, todos los dioses descendieron a consolarla y ordenaron que de ella saliese todo el fruto necesario para la vida de los hombres. Y para hacerlo, hicieron de sus cabellos, árboles y flores y yerbas; de su peil la yerba muy menuda y florecillas; de los ojos, pozos y fuentes y pequeñas cuevas; de la boca, ríos y cavernas grandes; de la nariz valles y montañas [Thevet, 1973: 10].



Relieve del *Tlaltecuhтли* del *Quetzalcoatl*

Los indígenas muestran a través de este mito, una mezcla de lo femenino creativo y lo masculino destructivo como elementos contrarios y complementarios de la tierra. Asimismo, al identificarla como diosa, aunque su nombre se traduce literalmente, como "el Señor de la Tierra" es prueba indudable de que para la época en que estos relatos fueron recogidos, existía ya una confusión con la dualidad de la tierra.

Había una diosa llamada Tlaltecotl [Tlaltecuhli] que es la misma tierra, la cual según ellos, tenía figura de hombre; otros decían era mujer [op. cit.: 105].

Los informantes precisaron que la creación de la tierra fue hecha "...el primer día del año..." (ibidem:105), lo que Nicholson afirma "...ocurrió en el año *ce tochtli* —uno conejo— el primero de la primera trecena del ciclo de 52 años..." (Nicholson, 1971:400).

Así tenemos caracterizado al elemento tierra por dos advocaciones, una femenina que permitía a la naturaleza la fecundación y regeneración de la vida y una masculina, entrada al mundo de los muertos, el *Mictlan*, que se encargaba de destruir todo lo que se depositaba en ella; esto lo vemos magistralmente materializado, en la imponente escultura de la *Coatlicue* mayor, donde la figura de mujer está a la vista del público, mientras que en la base, sobre la tierra está el relieve de *Tlaltecuhli*. Es una alegoría de esta dualidad: el Señor de la Tierra en posición de batracio, lleva sobre sus espaldas a la tierra fecundadora.

ICONOGRAFIA Y SIMBOLISMO

El primer relieve que conocemos, de un *Tlaltecuhli* fue publicado en la obra de León y Gama y él lo describe de la siguiente forma:

Acompaña también esta estatua [se refiere a la *Coatlicue* que describe detalladamente] y con gran propiedad la imagen de otro dios, que según los oficios que le atribuían... este es el que fingieron ser señor del infierno o del lugar de los muertos que esto significa literalmente su nombre *Mictlantecuhli*, el cual es el que está grabado de medio relieve en el plano inferior de la piedra que mira a la tierra [León y Gama, 1792:43] (Lám. 5).

Curiosamente esta descripción es muy parecida en varios de sus elementos iconográficos con el disco de este dios recientemente descubierto.

En la actualidad conocemos un buen número de imágenes de esta deidad, trabajadas en relieves pétreos, y a su vez su



Tlaltecuhli

iconografía es una de las más precisas dentro del conjunto simbólico del mundo nahuatl del Postclásico Tardío (1325-1521 d.C.). Su postura, como hemos mencionado, es siempre la misma: a manera de un batracio, colocado en decúbito ventral, con las extremidades flexionadas y el rostro de frente o hacia arriba; da la idea que para los indígenas era tal el esfuerzo que realizaba este Señor de la Tierra por sostener todo sobre sus espaldas, que esa era la posición más adecuada; de tal manera lo apreciamos en el monolito motivo de este estudio.

Muestra garras en ambas extremidades y feroces colmillos, y en ocasiones en todas las coyunturas se aprecian rostros fantásticos con ojos, cejas y colmillos, todo indicando que "mordía como bestia salvaje", que destruía todo lo que a él llegaba; esta alegoría de la antesala de la muerte, la indican algunos relieves al portar cráneos humanos en las manos y en brazos y piernas a manera de brazaletes, los que posiblemente en ocasiones sustituían a los rostros fantásticos de las coyunturas.

El rostro de la deidad en ocasiones ocupa todo el relieve, y se estiliza de tal manera que de él se aprecian los ojos con las cejas curvas, el pelo enmarañado con algún elemento nocturno como alimañas, estrellas o púas y la enorme boca con los amenazantes colmillos que se extiende a lo largo de toda la figura. Sin embargo, afortunadamente en la mayoría de las figuras que conocemos el personaje está de cuerpo entero y la forma de mostrar la faz es: presentando una especie de rostro fantástico, de cuya nariz surgen las cejas que se curvan alrededor de los ojos sin completar el círculo, y una especie de banda a manera de bigotera de la que sobresalen una hilera de colmillos (este último elemento, en ocasiones a primera vista nos hace pensar en *Tlaloc*, el patrono de la lluvia. Otra manera de presentar el rostro es indicando que el dios abre sus fauces de un modo tan exagerado que sólo se aprecia la curva de la boca, indicada por una hilera de cuadritos a manera de dientes y colmillos, la banda labial y, junto a ellos, el pelo enmarañado con los ya mencionados elementos nocturnos y terrenos como: arañas, ciempiés, alacranes, serpientes, etc., y de esa boca gigantesca se aprecia un rostro humano con círculos en las mejillas y mostrando la lengua transformada en cuchillo de sacrificio.

Como bien lo menciona Caso:

la tierra es el lugar a donde van los cuerpos de los hombres cuando mueren... también es el lugar en el que se ocultan los astros, es decir, los dioses cuando caen por el poniente y van al mundo de los muertos [Caso, 1945:43].



Quetzalcoatl

De tal suerte que el rostro humano dentro de la fauce abierta del *Tlaltecuhltli* puede ser el mismo *Tonatiuh* —el sol— que inicia un viaje dentro de la tierra y que surgirá en la mañana tal y como vemos su faz en el centro de la Piedra del Sol.

Cuando luce un tocado, la deidad de la tierra lleva una especie de banda rectangular con tres círculos, posibles representaciones de chalchihuites, y de los bordes de esta banda caen en curva, a ambos lados, dos tiras que lucen pequeños triángulos en hilera, tal y como lo apreciamos en la nueva pieza.

Los relieves que se localizan en la base de la *Coatlícue* mayor (Fernández, 1954) y de la *Yolotlicue*, presentan encima del tocado la fecha *ce tochtli* —uno conejo—, que como se indica en el mito de la creación de la tierra, fue el año en que concluyó dicha creación.

Sus orejeras son círculos con un pequeño anillo inserto en su interior y el collar o colgante que lleva sobre el pecho está formado por una banda en la que se observan varios caracoles cortados y colocados en hilera, cuatro o cinco, según el espacio.

Sobre el vientre, y en ocasiones cubriéndolo totalmente, *Tlaltecuhltli* luce cráneos humanos de frente o de perfil, clara alusión a su relación con el mundo de los muertos, o una especie de escudo o rodela circular con un borde de flecos o plumas en cuyo centro está el llamado quintero, elemento formado por un círculo central y los cuatro de los extremos, representando a *Tlalxico*, el ombligo o centro de la tierra del cual se extienden las cuatro direcciones: *Tlacopa*, el Oriente; *Mictlampa*, el Norte; *Cihuatlampa*, el Occidente y *Huitztlampa* el Sur. Este último elemento, aunque algo mutilado, es parte importante del último *Tlaltecuhltli* descubierto: la alusión es definitiva, el Señor de la Tierra está en el centro de la tierra y de ahí domina las cuatro direcciones de la misma; del disco o del cráneo hay varios colgantes formados por tiras o bandas que tienen como función cubrir el sexo del personaje.

En algunos relieves observamos tres plumas que complementan la decoración de este escudo con el quintero.

La localización de este relieve, generalmente en la base de altares o de otro tipo de escultura tridimensional, como serpientes, la *Coatlícue* etc., indica que en la concepción indígena, *Tlaltecuhltli* claramente tenía la misión de sostener dicho altar o imagen. Por ello es sorprendente y revelador que, después de la hecatombe de la Conquista, cuando los

europeos obligaban a los vencidos a transformar las imágenes de sus antiguas deidades en columnas de palacios o de iglesias, o inclusive hayan preservado la piedra, cuidando el relieve que se salvará gracias a que quedó oculto en la base de la nueva escultura o edificación. Así, durante los siglos venideros *Tlaltecuhltli* continuará cumpliendo su misión de sostener una nueva construcción o de ser el punto de apoyo de un instrumento de trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

CASO, Alfonso,

1945 *La religión de los aztecas*. Biblioteca enciclopédica popular No. 38, S.E.P., México.

1967 *Los calendarios prehispánicos*. Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Cultura Nahuatl, Monografías No. 6, UNAM, México.

FERNÁNDEZ, Justino,

1954 *Coatlícue, Estática del arte indígena antiguo*. Ediciones del IV Centenario de la fundación de la Universidad Nacional, No. XV, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM. México.

GARIBAY, Quintana Ángel Ma.,

1973 *Teogonía e historia de los mexicanos, tres opúsculos del siglo XVI*, Col. Sepán cuántos. . . No. 37. Edit. Porrúa, México.

LEÓN y Gama, Antonio,

1792 *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del empedrado que se esta formando en la plaza principal de México se hallaron en ella el año de 1790*. Imprenta de Don Felipe Zúñiga y Ontiveros, México.

NICHOLSON, Henry B.,

1971 "Religion in Pre-Hispanic Central Mexico" en *Handbook of Middle American Indians*, Vol. 10:395-446. University of Texas Press, Austin.

THEVET

1973 "Historia de México", en *Teogonía e Historia de los Mexicanos, tres opúsculos del siglo XVI*, Col. Sepán Cuántos. . . No. 37, Editorial Porrúa, México.



Relieve del *Tlaltecuhltli*



Fotografía: José de los Reyes Medina (MNA).